

FICCIÓN, HISTORIA E IDEOLOGÍA
EN *LAS VESTIDURAS RECAMADAS* DE SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA¹

TOMÁS SALAS
Málaga

1. La forma literaria: retórica y realismo tardío

Las vestiduras recamadas, novela escrita por el malagueño Salvador González Anaya en 1932², desarrolla un relato bastante clásico (clásico en el sentido decimonónico, galdosiano, para entendernos), con unos toques naturalistas y algunos componentes, como era habitual en este autor, de costumbrismo regionalista. De todas formas, no puede ser catalogado como un relato naturalista ni tampoco costumbrista, aunque haya elementos de ambas tendencias que no afectan a la concepción general de la obra. Se despliega en las páginas de *Las vestiduras recamadas* una trama típicamente decimonónica con una

¹ Este trabajo desarrolla una comunicación presentada en el congreso *Arcadia en llamas (Relatos literarios y políticos sobre el asedio y toma de Málaga, julio 1936-febrero 1937)*, organizado por el Instituto Municipal del Libro, 4-6 de diciembre de 2010. Los hechos narrados en la obra, en realidad, no se sitúan en estas fechas, sino en 1931, en los días inmediatos a la proclamación de la República. No pueden explicarse los hechos de la guerra civil sin tener en cuenta sus antecedentes porque la guerra no es una discordia que surge *ab nihilo*, sino que tiene hondas raíces históricas. Así lo entendió el director del Instituto, D. Alfredo Taján, a quien agradezco que me permitiese esta aportación al congreso.

² Uso la edición facsímil publicada por el diario *Sur* (que, por cierto, no indica fecha ni editorial) que reproduce la de Ediciones Erita (colección *Novelas Modernas*), Barcelona, 1932. Fue publicada en junio de 1932. El final de la obra está fechado por el autor con exactitud: literalmente: «en la madrugada del 11 de mayo de 1932, primer aniversario de los incendios de Málaga».

técnica que podemos calificar de realismo tradicional, aunque estamos ante —no lo olvidemos— una obra escrita en la tercera década del siglo xx. El relato central, que luego se articula con otros relatos tangenciales, es la historia de amor entre Álvaro Palma y Custodia Palomares. Álvaro es un joven madrileño, hijo de la viuda de militar, que tiene una vida un tanto bohemia. Su familia es un modelo de clase media, con problemas de estabilidad económica y un esfuerzo por mantener el status social. Su hermana Victoria ha resuelto esta cuestión de un forma típica, casándose con un hombre rico y bien situado socialmente, Joaquín Palomares. Álvaro, después de tener amores extramatrimoniales con Amanda, que un ejemplo casi tópico de chulapa madrileña, se traslada a Málaga, donde vive la familia de su hermana, y conoce y se va enamorando de Custodia, hermana de su cuñado Joaquín. Custodia es la sufrida viuda de un hombre ruin, Lorenzo Tudela, que la ha hecho sufrir y además ha derrochado el dinero de su familia y que murió misteriosamente, después de algunos años fuera del hogar familiar, en un naufragio. Custodia tiene una hermana monja, Sor Felicidad (Gertrudis en el siglo) que, antes de entrar al convento, también sufrió el acoso de su malvado cuñado. Cuando parece que la pareja de Álvaro y Custodia ha consolidado su amor y va camino del matrimonio, reaparece teatralmente Lorenzo, cuya muerte había sido una falsa noticia. Se instala de nuevo en su casa, provocando la consternación de toda su familia, y se dedica a tener reuniones confabulatorias con un grupo de gente sospechosa (a las que luego se va a identificar como unos de los organizadores e instigadores de los incendios de mayo). La obra acaba de una forma inesperada y abrupta, que puede tener algo de folletinesca: la monja —que ha sido presentada a lo largo de toda la novela poco menos que como una santa— asesina a su cuñado asfixiándolo con gas. Articulada con esta trama principal, hay una trama secundaria, en la que los personajes asisten a la semana santa malagueña y (ahí reside lo más interesante de la obra) a los sucesos de violencia anticlerical de mayo de 1931. A este segundo elemento me referiré en el apartado siguiente.

Esta obra se escribe en 1932. Téngase en cuenta que González Anaya, nacido en 1879, no es estrictamente contemporáneo de Pereda y Galdós, sino de Azorín, Valle-Inclán y Ortega³. En los años 30, en el contexto de gran brillantez de la

³ Sobre la biografía del autor no hay mucha bibliografía. Pueden verse los trabajos de Juan Cepas, *Dos anécdotas de González Anaya*, Ediciones el Guadalhorce, Málaga, 1967; y *Salvador González Anaya (Breve biografía apasionada de un académico)*, ed. de A. Caffarena, *Cuadernos del Sur*, 25, Málaga, 1973; de Concepción Palacín Palacios, «Salvador González Anaya: retratista de su tiempo», *La Isla de Arriarán. Revista cultural y científica*, 17, 2001. Uso la referencia personal de Francisco Baquero Luque, que trató a don Salvador y lo acompañó, en 1950, cuando éste pasó unos días en Cártama, alojado por cierto en la casa de su pariente el rapsoda José González Marín, para documentarse sobre el terreno para una novela. Baquero, que será una de las pocas personas que puedan hacer referencia directa al autor, me proporcionó generosamente unas notas manuscritas donde resume un material que en parte usa en su libro sobre González Marín (*Cártama histórica. El juglar y la Virgen peregrina*, Gráficas San Pancraccio, Málaga, 2010) que reproduzco: «Salvador González Anaya (1879-1955) nació en Málaga,

cultura española (la llamada Edad de Plata), se publican novelas de una clara heterogeneidad. Cito unas cuantas, de modo aleatorio, para tener una muestra de la variedad de tendencias y propuestas de la narrativa española de este momento: *El malvado Carabel* (1930) de Wenceslao Fernández Flores, como ejemplo de humorismo inteligente; en el mismo año *San Manuel Bueno, mártir*

en calle Niño Gómez nº 13, de padre malagueño y madre cartameña. A los 15 años se le conoce como poeta, aún estudiante de bachiller. Sus primeros libros de poesía son *Cantos sin eco* (1899) y *Medallones* (1900). Sobre estas fechas una enfermedad parece que fue la causa que le hizo perder su pasión poética de primera juventud, o, más bien parece que él mismo hizo una autocrítica personal de dichos libros poéticos, «magnífica serie de ripios». En una ocasión, 1926, declaró que aspiraba a una poética «incorrecta; más suya, rebelde, que no se pareciera a la de nadie» y, citaba como ejemplo al respecto, a Rueda y a Rubén Darío. No obstante lo anterior, en 1930 publica *Salvador González Anaya. Sus mejores versos*. A partir de aquí, inicia la senda de la narrativa: *Rebelión* en 1905, que obtuvo significativo éxito, sobre la que corrió el rumor que tenía un trasfondo o mensaje anarquista. Autores coetáneos como Galdós, Blasco Ibáñez, Ortega Munilla y otros le envían parabienes y le alientan. De dicha novela Unamuno llegó a decir: «... es un libro fuerte, franco, sentido, claro, ameno, pero su autor no tiene aún nombre en nuestra república de las letras y vive lejos de la Corte ...», juicio que secunda Benavente: «No tiene más defecto que no ser del corrillo de superhombres de Madrid». A partir de esta edición de *Rebelión*, González Anaya está 10 años sin escribir, pese al triunfo que obtuvo este libro. Fue Ortega Munilla, amigo suyo, quien le animó a escribir nuevamente, lo que hace a partir de 1915 Salvador González Anaya, y da a la luz una nueva obra que titula *Sangre de Abel*, que coincide con el nombramiento del autor como Alcalde de Málaga que ejerció durante año y medio. En 1921 publica *Castillo de irás y no volverás*, al que, en 1923, sigue *Las brujas de la ilusión*. En 1927, *Nido de cigüeñas*, a la que se une en 1929 *La oración de la tarde*, cuya temática se centra en Granada, siendo ésta la que obtuvo el mayor número de ventas. El año 1931 aparece *Nido real de gavilanes*, situada en ambiente de Baeza. Y así, en 1932, *Las vestiduras recamadas*, hasta culminar este ciclo narrativo con su quizá obra cumbre, *Los naranjos de la mezquita*, en 1933, ambientada, tal sugiere el título, en Córdoba. En la turbulenta época de preguerra civil (agosto 1935/enero 1936), Salvador González Anaya vuelve a ser Alcalde de Málaga. La guerra civil deja en él profunda huella y permanece en silencio literario hasta 1942, en que publica *Luna de plata y Luna de sangre*, para, en 1946, escribir, centrada en su Málaga natal, *El camino invisible*. Fue en el año 1948 cuando la Real Academia de la Lengua lo nombra académico, con lo que reconoce sus méritos literarios; pronunció un celebre discurso de ingreso en el que defendió la literatura costumbrista al tiempo que, en este sentido, exaltaba su tierra malagueña. También en 1948 publica *La jarra de azucenas*, con Antequera como escenario de su trama. Sus últimas novelas publicadas en un solo tomo en 1952 fueron *Tierra de señorío*, con escenario en Ronda, y *El llavero de Anica la Pimienta*, centrada en la tierra de su madre y a petición de ésta, Cártama, villa en la que pasó recorriendo sus campos, tajos, toponimia, etc. 10 días en el verano de 1950, siendo en ésta huésped de su pariente lejano José González Marín. Dichas correrías por caminos de herraduras las hizo en burra acompañado del vecino de la localidad, en su mulo, Francisco Baquero Luque, que hizo de cicerone suyo por campos y cortijadas, incluido el cortijo Anaya en donde nació y se crió su madre, cortijo cercano a lo que en los tiempos romanos se llamó Gran Cartabón. Tenía don Salvador grandes inquietudes sociales y profesionales, lo que le indujo a crear el que fuera primer Montepío de las Asociaciones de Prensa de España. En Málaga fue presidente de la Asociación de la Prensa, de la Academia de Bellas Artes de San Telmo y correspondiente de la de San Fernando. Como hemos dejado enunciado, fue un gran cultivador del naturalismo en sus primeros pasos novelísticos, para después centrarse más en ambientes regionales, con especial hincapié en la descripción de paisajes y tipos humanos.

de Unamuno; en 1931 se publica *Chiripi* de Juan Antonio de Zunzunegui, una de las primeras obras españolas de tema futbolístico; en 1932 la trilogía de Baroja *La selva oscura*; comienza en esta época lo que se llamó el realismo social, una novela claramente comprometida ideológicamente (*El nuevo romanticismo* [1930] de José Díaz Fernández, *Imán* [1930] de Ramón J. Sender, *Los pobres contra los ricos* [1933] de César Muñoz Arconada). En las antípodas de la novela social se sitúa un autor como Benjamin Jarnés, que en estos años está en plena producción: *Teoría del zumbel* (1931) y *Lo rojo y lo azul* (1932). De 1932 es también la novela corta de Gómez de la Serna *El cólera azul*. Éstos son sólo algunos ejemplos tomados aleatoriamente para comprobar que el mundo narrativo en español en este momento es un campo donde se están experimentando muchas cosas. El género narrativo, a partir de los años 20 pero siguiendo esa evolución en la década siguiente, va superando y abandonando el modelo realista decimonónico y aventurando nuevos caminos que son múltiples y que constituyen una crisol abigarrado de tendencias y estilos: la extrema estilización (Miró, Azorín, Jarnés), un intelectualismo ilustrado (Pérez de Ayala), elaboración artística preciosista, manipulación estética de la realidad (Valle-Inclán); una narrativa plena de problemas existenciales y religiosos (Unamuno); hay también una novela que continúa transitando por la vía del realismo clásico, aunque apunta a nuevos horizontes (Baroja). Darío Villanueva ha acuñado el concepto de «novela lírica»⁴ que puede venir bien para nombrar una etapa que, de todas formas, por su diversidad, desborda cualquier esquematismo. Tengamos también en cuenta la famosa polémica sobre el arte deshumanizado que, partiendo de Ortega y su entorno, derivó en que se hablara de novela deshumanizada y novela humanizada, debate que, por otro lado, está en la sintonía de lo que se está fraguando en las literaturas europeas y en las vanguardias artísticas en este momento⁵. Todo este complejo panorama de renovación estética, que arranca con los movimientos vanguardias en los años 20, tiene que ver poco con la obra de González Anaya, que se mueve por caminos del realismo clásico y se sitúa en una temática regional con tendencia al costumbrismo. Por eso me parece adecuada para su obra y la de algunos de sus contemporáneos como Ricardo León, Concha Espina o Juan Antonio de Zunzunegui, la expresión «realismo tardío» o realismo tradicional. Estos autores se mantienen en los parámetros de lo que es la novela realista clásica: relato normalmente centrado en la época contemporánea, que tiene como objeto a sus personajes pero, sobre todo, al fondo, siempre tiene en cuenta a la realidad social como referente último de la obra. Precisamente en eso residía, en su momento, la novedad del realismo novelístico con respecto a

⁴ D. Villanueva (ed.), *La novela lírica*, Taurus, Madrid, 1983, 2 vols. Se trata de una buena obra de conjunto sobre esta tendencia novelística.

⁵ Cf. mi artículo «Sobre el concepto de novela deshumanizada: aportación a la teoría orteguiana de la novela», *Analecta Malacitana*, XIII, 1, 1990, págs. 85-92.

otras formas narrativas anteriores, en lo que Galdós expresaba con el título de su discurso de ingreso en la Academia: «La sociedad presente como materia novelable». Modo novelístico éste que, por otra parte, no aborda renovaciones radicales ni en el terreno estilístico ni en el de la concepción de la obra. Mantiene la estructura espacio-temporal y la coherencia de una trama trabada y lógica que otro tipo de novela (no decimos posterior, sino contemporánea) va a romper en la búsqueda de nuevas formas y enfoques. Este realismo tardío puede adobarse (por ejemplo en los casos citados de Concha Espina o Rafael León) con dosis de moralismo católico, o en González Anaya y otros, con rasgos de costumbrismo y toques localistas. De todas formas, aunque presente algunas novedades en sus planteamientos, no supone en ningún caso una ruptura con los parámetros clásicos de la novela realista.

Como en toda manifestación tardía, hay en *Las vestiduras recamadas* una cierta tendencia al manierismo, a una retórica que hoy nos resulta un tanto artificiosa y gratuita y a la que no es ajena su primera producción poética de tendencia modernista con la que González Anaya se estrena como escritor⁶. Algunas veces, este manierismo alcanza cierto rebuscamiento casi gongorino. Un camarero mira lúbricamente a Amanda, la amante de Álvaro, y se fija en «los dos cálidos trozos que confundió Repullo con las mitades de cierta fruta que da fama a los campos benamejies» (pág. 71)⁷.

Aunque estos circunloquios alambicados contrastan en la obra con fragmentos de un estilo seco, cortante y sobrio, como el que muestra en la escena final de la obra. Alguna descripción, por su audacia expresiva y su desgarrar popular, está cercana a la caricatura quevediana o, como me ha indicado personalmente el profesor malagueño Francisco Chica, al Valle-Inclán de los esperpentos. Véanse estos ejemplos: Repullo, el castizo empleado de Álvaro, describe al conde amante de Amanda como «ese cañí magro y morcillo, con una nariz que parece un barco de vela y una nuez que es orgullo de los nogales» (pág. 113). Uno de los estafalarios compinches de Lorenzo Tudela, el doctor Acíbar, es presentado como «flaco, cetrino, bigote gris, nariz ganchuda, y con dos zapatones que son dos lanchas, y un hongo con la mugre de treinta años» (pág. 242). El gesto de un personaje es descrito así: «exordió el dueño de la chaqueta azul celeste, desrizándose la barbaza con reposado manutigio» (pág. 49). El gobernador militar que se acerca al lugar de los incendios es presentado de esta forma esperpéntica: «El propio mílite de faz enjuta se aproxima en funciones gobernadoras» (pág. 262).

⁶ Por el testimonio de Francisco Baquero Luque, sabemos que González Anaya se arrepentía de su obra poética juvenil que consideraba prescindible. Le comenta Baquero que está leyendo *Medallones* (publicada en 1900) y González Anaya le contesta: «Vaya hombre. *Medallones*. Nada hubiera perdido si no lo hubiera leído. La tengo en mi *índice* intelectual» (F. Baquero Luque, *op. cit.*, pág. 694).

⁷ Las citas de la novela, desde ahora, las indico entre paréntesis en el mismo texto. *Las vestiduras*, pág. 71.

Otra característica curiosa es un rebuscamiento léxico que puede llegar a ser gravoso para el lector y que oscila en extremos opuestos, unas veces rescatando voces populares y castizas, en la línea costumbrista y regionalista, otras con la creación de voces cultas⁸.

2. La historia contemporánea como elemento de la ficción

Esta trama que tiene mucho de convencional y algo, como hemos dicho, de folletinesca, se articula estructuralmente con elementos reales de la vida contemporánea. El autor sigue un modelo que quizá inaugura Galdós con *La Fontana de Oro* y que luego desarrolla plenamente en *Los episodios nacionales* y que, en contra de lo que pueda parecer, se diferencia de la clásica novela histórica. La novela histórica más convencional cuyo modelo en España puede ser Fernández González, presentaba los hechos históricos de manera un tanto estereotipada, de cartón piedra, como una especie de telón de fondo sobre el que se sitúan los personajes y tramas.

Hay en Walter Scott —escribe Torres Bodet—, como en Víctor Hugo [...] una tendencia a tomar la historia como un marco rígido e inmutable, dentro del cual puede insertarse a gusto, con la mayor libertad del mundo, un cuadro de pura imaginación. Por eso los novelistas que cito prefieren trabajar en épocas muy distantes: la Edad Media de Ivanhoe, o la Edad Media de Claudio Frollo; el Renacimiento de Waverley o el Renacimiento de Bernardo de Mergy. Además como lo que les interesa no es tanto la historia misma cuanto el fondo que habrá que servirles para perfilar a sus personajes, son éstos lo que —en sus obras— adquieren mayor relieve⁹.

Por el contrario, en este nuevo modelo que plantea Galdós, «el personaje central es el pueblo mismo» y hay «un propósito ético» en el que «fuera de los

⁸ Cito algunos ejemplos (las cursivas son mías) de ambos aspectos: «Álvaro trazó, sin rendirse al redamar de la escritura, conceptos de *efugios* ambiguos» (pág. 42); «consagra horas ociosas a *tertuliar* con la familia» (43); «*gyantar ictiológico*» (43); «intención *coquinaria*» (43, ‘de las famosas coquinas malagueñas’); «Victoria relata a su esposo el *eutrapélico* incidente» (45); «a mí me interesan [las cartas] y las *añasco*, y me entero de lo que dicen» (45). También este rebuscamiento léxico toma los tonos de popularismo costumbrista: «¿Tiene *sandunga!* Habla más bajo» (49); «¿por qué te *haces de pencos?* ¿Por qué no accedes?» (49); «¿por qué me llamas *higo chumbo sin ser de Cártama?*» (49); «estas galas [ropas] son más antiguas que *el repelón*» (51).

⁹ J. Torres Bodet, *Tres inventores de realidad*, Revista de Occidente, Madrid, 1969, páginas 192-193. Observa sagazmente Menéndez Pelayo en su discurso de contestación a Galdós en su entrada a la Academia, (*Apéndice* a Benito Pérez Galdós, *Artículos y Ensayos*, Asociación cultural Cabrera y Galdós, Santa Cruz de Tenerife, 2005, págs. 201-202), cómo en la fecha de 1879, año en que se termina la segunda serie de *Los episodios nacionales*, ha pasado de moda la novela histórica clásica y triunfa la novela de costumbres (Pereda), la de «psicología y casuística» (Valera), los temas de religión y moral (*El escándalo* de Pedro Antonio de Alarcón).

personajes y de la dirección objetiva del suceder novelesco [el autor] apenas hace uso de la palabra en plan de cátedra. La suya es una escuela de acción»¹⁰. Este modelo, tal como lo describe Torres Bodet para Galdós, nos sirve para situar *Las vestiduras recamadas* desde el punto de vista de su forma de metabolizar la realidad contemporánea en la estructura de la obra. No es sólo un marco donde se muevan los personajes, un escenario (aunque también lo es), sino que esa realidad (el pueblo, el momento histórico y cultural concreto) llega a ser algo vivo en la obra y aparece lo que este crítico llama un «propósito ético», que se concreta en un intento de interpretación del momento y sus problemas. Para González Anaya, la Málaga de 1931, la religiosidad popular, los actos históricos de la violencia anticlerical y, en general, la crisis española de los años 30, son un marco para situar la historia romántica y un tanto acartonada de los amores de Álvaro y Custodia, pero, sobre todo, yendo más allá del modelo tópico de la novela histórica, estos elementos se constituyen en los actores mismos de la obra y en un medio para hacer una reflexión sobre el momento histórico y sus causas.

La Málaga de los años 30 está fielmente reflejada en la novela: personajes, lugares, ambientes, hechos tomados de la realidad de una forma que podemos catalogar de histórica o documental. González Anaya aporta muchos datos de una realidad que conoce bien. Aparecen, mezclados con los personajes ficticios, otros que son trasuntos reales de personas conocidas del mundo cultural malagueño, a los que él seguramente trató de forma cercana. El pintor Álvarez Dumont, Murillo Carreras (director de un museo, también pertenece a la Academia de San Telmo), Burgos Oms (secretario de dicha Academia, siendo presidente González Anaya), Díaz Escovar (conocido erudito malagueño), Marquina, Témboury, Francisco Palma (imaginero que tuvo una labor activa en los sucesos, intentando salvar la imágenes de la iglesia de San Carlos y Santo Domingo y que luego participó en la comisión creada por la Academia de San Telmo para valorar y evaluar las pérdidas, donde también estaba Juan Témboury)¹¹. Por otra parte, son continuas y abundantes las referencias al escultor barroco, nacido en Granada (1628) pero vinculado a Málaga en casi toda su vida profesional, Pedro de Mena y a su obra, distribuida por iglesias y conventos de Málaga y que, como se sabe, fue destruida en buena parte en los sucesos de mayo de 1931.

En esta misma línea de aporte documental de elementos reales, aparece la Semana Santa de Málaga, con una enorme profusión de detalles por los

Para Menéndez Pelayo la crisis que provoca la revolución de 1868 abre nuevos horizontes espirituales, también en el género novelesco; y Galdós pasa a lo que llama el crítico santanderino «la novela idealista y de tesis».

¹⁰ J. Torres Bodet, *loc. cit.*, pág. 193.

¹¹ Todos estos conocidos personajes de la vida social y cultural malagueña pertenecían a la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo; véase el papel de esta institución en los días siguientes a los hechos en J. Jiménez Guerrero, *La quema de conventos en Málaga. Mayo de 1931*, Arguval, Málaga, 2006, págs. 302-305. De este autor, quizá la máxima autoridad en la materia, puede verse también *La destrucción del patrimonio eclesiástico en la guerra civil. Málaga y su provincia*, Arguval, Málaga, 2011.

que la obra supone una fuente documental magnífica para los estudiosos del tema¹². Por la novela desfilan las principales procesiones malagueñas a lo largo de toda la semana. No voy a entrar en este trabajo en los detalles de esta aportación histórica y artística. Lo que sí tiene un gran interés literario es cómo se mezclan las imágenes de las procesiones con los comentarios de los personajes que las contemplan; comentarios que dan un punto de vista múltiple y, en ocasiones, polémico, sobre un tema, como el de la religiosidad popular, tan rico en matices e interpretaciones.

Por último, está lo que es probablemente la parte más meritoria de la novela y la que le confiere una mayor valor histórico y documental: la descripción de los terribles sucesos ocurridos en la ciudad en mayo de 1931 (concretamente los días 11 y 12), un mes después de proclamarse el régimen republicano en España, jornadas en las que se incendiaron de forma casi sistemática gran parte de los edificios religiosos de la ciudad, se destruyó un valioso patrimonio artístico y se acosó y atacó a muchas personas por su condición religiosa, entre ellas al obispo de la diócesis malagueña D. Manuel González García.

Esta parte de la obra (la jornada tercera) es sin duda la más intensa y donde el relato adquiere un ritmo más dramático y trepidante. Los personajes ficticios y los reales se mezclan en una trama en la que asisten a los terribles sucesos anticlericales. Hay una extraordinaria exactitud histórica-documental en esta parte del relato. Aunque González Anaya lo adobe con elementos puramente novelescos, la relación de los hechos históricos no está ni velada ni magnificada; y se establece una coincidencia bastante rigurosa con las fuentes históricas que podemos manejar. Es conocido, por testimonios directos, que el autor dedicaba mucho tiempo y gran esfuerzo a documentarse sobre el tema y lugar al que iba a dedicar una novela, en la línea de la novela regionalista, cuyo modelo puede ser Blasco Ibáñez¹³.

En la obra objetiva y documentada de Jiménez Guerrero¹⁴ se hace una relación pormenorizada de los hechos que, a su vez, tiene como fuente importante el libro del periodista Juan Escolar García, *Los memorables sucesos desarrollados en Málaga los días 11 y 12 de mayo de 1931. Un reportaje histórico*¹⁵. Según el profesor Jiménez Guerrero, González Anaya fabula, como es natural, pero sigue el hilo de los hechos con bastante fidelidad y, en concreto, el texto de Escolar García, que se escribió al poco tiempo de los sucesos y mantiene una gran objetividad. Repaso los sucesos de las jornadas de los incendios, en el mismo orden que aparecen en la novela y compruebo su veracidad histórica,

¹² Véase sobre este aspecto a A. Garrido Moraga, «Las vestiduras recamadas de Salvador González Anaya, como fuente para la investigación histórica», en AA. VV., *Archivos y fuentes documentales en torno a las cofradías*, Ayuntamiento de Málaga, 2006, págs. 145-164.

¹³ El testimonio ya citado de Barquero Luque apoya esta idea. Estuvo en el verano de 1950 durante 10 días preparando en Cártama su novela *El llavero de Anica la Pimienta*. Para eso recorrió campos y trató gentes del ámbito rural. Cf. F. Baquero Luque, *op. cit.*, pág. 693.

¹⁴ J. Jiménez Guerrero, *op. cit.*

¹⁵ Publicado en Tipografía del Conde, Málaga, 1931.

que es exacta casi en su totalidad, teniendo en cuenta que la licencia literaria transforma a veces los hechos y que el orden cronológico no es exactamente el mismo:

Primera jornada, 11 de mayo de 1931:

— Destrucción (decapitación, se concreta en la novela) de la estatua del Marqués de Larios, de Mariano Benlliure (págs. 219 y sigs.). El hecho ocurrió el mismo 14 de abril; la estatua fue arrojada al mar y, en su lugar, se puso una imagen que representaba la alegoría del trabajo, que estaba en la parte trasera del conjunto escultórico. Acabada la guerra se recuperó la estatua y se restituyó a su lugar.

— Incendio del periódico monárquico y conservador *La Unión Mercantil* (págs. 219 y sigs.). Se afirma en la novela que alguien corta la manga de los bomberos para impedir que se apague el fuego. No sé si este detalle es ficticio, pero el hecho del incendio del periódico es real. Se trataba de un diario de gran tirada en su época. Es curioso que unos días antes, los sucesos de Madrid también han comenzado con el ataque al periódico monárquico *ABC*¹⁶.

— Rotura de la estatua al trabajo, también de Benlliure, para la que sirvió como modelo el torero Mazantini (págs. 221 y sigs.). El autor parece plantearlo como un hecho distinto del primero estudiado. Es el mismo. Esta estatua se colocó en el lugar que ocupaba la del Marqués de Larios.

— Incendio de la empresa La Patronal, en el Muelle de Heredia (págs. 223 y sigs.).

— Ataque a las monjas del Servicio Doméstico, en calle Victoria (págs. 249 y sigs.). En efecto, era conocida como el Servicio doméstico en Málaga esta orden, «cuya principal actividad se enmarcaba en el asilo de jóvenes pobres y que dedicaban su labor al arreglo, lavado y planchado de ropa»¹⁷.

— Incendio y saqueo de la residencia de los jesuitas en la calle Pozos Dulces. No dejan actuar a los bomberos (págs. 252 y sigs.) según la novela. Igual que en Madrid, el día 10 de marzo, la residencia de los jesuitas es uno de los primeros objetivos. Los jesuitas eran considerados como uno de los centros de poder del catolicismo desde hacía mucho tiempo. El paralelismo con lo sucedido en

¹⁶ Este hecho, junto con el reseñado más abajo del incendio de la residencia de los jesuitas (en Málaga y en Madrid) hace afirmar a Jiménez Guerrero que «al inicio de los hechos se había planificado perfectamente que lugares había que atacar» (*op. cit.*, pág. 59). Hay otros autores que están de acuerdo en este carácter no espontáneo. Vicente García Cárcel observa que «en los asaltos e incendios se produjo un doble acometida: la inicial, perfectamente programada donde la responsabilidad era de los dirigentes comunistas y, una segunda, de pillaje y saqueo protagonizada por delincuentes comunes ante la inoperancia de las autoridades» (*Caidos, víctimas y mártires. La Iglesia y la hecatombe de 1936*, Espasa, Madrid, 2008, pág. 62); en vista de los hechos, este historiador piensa, de acuerdo con Jiménez Guerrero a quien cita, que «parece evidente que la hipótesis del “espontaneísmo”, mantenida por algunos estudiosos para explicar estos episodios de violencia se viene definitivamente abajo» (*op. cit.*, págs. 62-63).

¹⁷ J. Jiménez Guerrero, *loc. cit.*, pág. 54.

Madrid hace que algunos autores apoyen la hipótesis de la planificación frente a la de la espontaneidad:

El hecho de que fuese éste el primero de los edificios incendiados no fue causal. La relevancia de la Orden, la llamada de atención al gobierno republicano sobre la necesidad de actuar políticamente contra ellos y el paralelismo que se quería establecer con lo sucedido en Madrid es más que evidente¹⁸.

— Ataque al palacio episcopal y acoso y expulsión del obispo, D. Manuel González García (págs. 254 y sigs.). Este episodio, junto con el de la iglesia de Santo Domingo, es el que se relata con mayor detalle en la novela. Aquí aparece clara la simbiosis de datos históricos con ficción literaria. El autor es bastante fiel a la realidad histórica, aunque cambia nombres de protagonistas y sustituye a personas reales por personajes novelescos. Sin duda se trata una de las partes de la obra de una mayor intensidad y ritmo narrativo. Jiménez Guerrero hace un relato de los hechos y destaca como el obispo afrontó a sus asaltantes con serenidad con la frase «aquí me tenéis, a vuestra nobleza me entrego»¹⁹. Casi la misma frase aparece en la novela (pág. 264). Por testimonio de su sobrino, el famoso teólogo José María González Ruiz, tenemos una versión directa de los hechos²⁰ y, curiosamente, aparece la misma frase del obispo. González Ruiz da unos detalles interesantes: «protegido por un republicano, por un socialista y por un camarero del Pasaje de Chinitas fue buscando posada nocturna, hasta que la encontró en la casa de un sacerdote: Don Antonio Fierro»²¹. En la novela de González Anaya son tres personajes «ficticios» (Joaquín Palomares, *Toño* y *Álvaro*) los que sacan al obispo y lo conducen por las calles de Málaga en busca de refugio (pág. 246); «al fin se encuentra, por fortuna, un sacerdote que ofrece su hogar al mísero prelado» (pág. 265), coincidiendo con González Ruiz, aunque sin dar el nombre del sacerdote.

¹⁸ J. Jiménez Guerrero, *loc. cit.*, pág. 59. No es casual que durante el periodo republicano, enero de 1932, se produzca la disolución —la enésima en España— de la compañía y que, en la Constitución de 1936, se incluya un artículo (el 26º) que declaraba fuera de la ley a aquellas órdenes religiosas que impusieran, «además de los tres votos canónicos, otro especial de obediencia a una autoridad distinta de la legítima del Estado»; dicho artículo, aunque no menciona directamente a la orden, parece hecho *ex profeso* para ella, ya que ese otro voto es el tradicional «cuarto voto» de obediencia al papa. Puede verse un resumen histórico de este tema en el capítulo que le dedica al tema Enrique Jiménez López («Jesuitas») en la obra colectiva: J. Canal (ed.), *Los éxodos políticos en la historia de España. Siglos XI-XX*, Silex, Madrid, 2007, págs. 113-135.

¹⁹ J. Jiménez Guerrero, *op. cit.*, pág. 72.

²⁰ J. M.º González Ruiz, *Memorias de un cura antes de Franco, con Franco y después de Franco*, Editorial Miramar, Málaga, 1995, pág. 20.

²¹ J. M.º González Ruiz, *loc. cit.*; en Jiménez Guerrero (*op. cit.*, pág. 72) aparece un detalle parecido: «En el trayecto, siempre según la versión eclesiástica, no faltó algún detalle anecdótico, como el que sucedió en el Pasaje Álvarez cuando un camarero, Ramón Roldán Guerrero, saludó al obispo con el mayor respeto ofreciéndose a ayudarle».

- Ataque al Seminario, en calle Santa María (pág. 258).
- Asalto e incendio a San Agustín, en calle del mismo nombre, iglesia y colegio; destrucción del Sepulcro de Fernando Ortiz (pág. 261).
- Incendio de Las Teresianas de El Císter, en calle Pedro de Toledo (pág. 266).
- Incendio y destrucción de imágenes y retablos de la iglesia de Santo Domingo. Aquí es donde la obra se extiende más y aporta un mayor número de datos y detalles (cap. XVI, «Las vírgenes descabezadas», págs. 279 y sigs.; cap. XVII, págs. 282 y sigs.). En esta parte de la obra se hace mención a las siguientes imágenes: El beso de Judas, Las Cabrillas, Santo Domingo (titular del templo), el Cristo de Mena (en el cap. XVII), la Virgen de los pañales (Mena), la Virgen de Belén (Mena), la Virgen de la Esperanza (se hace especial mención a la destrucción del manto), lienzos de Alonso Cano, la Magdalena, la Soledad.

La nueva jornada, 12 de mayo (cap. XIX, págs. 291 y sigs.):

- Incendio de La Merced, imagen de la Virgen de Consolación y Lágrimas (pág. 298); esto ocurre en la noche anterior pero se menciona en este capítulo.
- Profanaciones de tumbas en Las Capuchinas (pág. 297).
- En San Pedro, en el castizo barrio del Perchel, de donde sale La Expiración, sacan el cráneo del cura Vega, que era una reliquia.
- Ataques con incendios y violencia sobre el patrimonio artístico y religioso en varios centros religiosos, algunos sólo mencionados en la novela: el Templo del Carmen, con la Virgen del Carmen (pág. 299); la Zamarrilla, la Virgen de la Amargura (pág. 300); Iglesia de San Patricio y convento de Las Bravas (pág. 300); San Manuel, un asilo de monjas donde cuidan niños (pág. 302); Convento de El Ángel (pág. 302); Las Mercedarias (págs. 302-303); San José de la Montaña, que es un asilo infantil (págs. 302-303); la Parroquia de la Merced, con el Cristo de la Columna (conocido como el Cristo de los gitanos) y La Piedad de Francisco Palma (pág. 306); Iglesia de San Juan (pág. 306); Parroquia de Santiago (págs. 306-307).

Algunos lugares sólo se mencionan, sin entrar en la descripción de los hechos: Convento de la Esperanza (pág. 309); Convento de la Concepción (pág. 309); Convento de Las Catalinas (pág. 309); Convento de Las Adoratrices (pág. 309).

Además otros lugares de culto como: la Parroquia de Los Mártires, con La Virgen de las Lágrimas de Pedro de Mena (pág. 309); Iglesia de San Felipe (pág. 309); Convento de las Bernardas, con el Jesús Resucitado (pág. 309); la capilla del Agua, pequeña capilla que esta en la esquina de calle Aguas y Victoria (pág. 310); intento fallido de quemar a la Virgen de la Victoria, patrona de Málaga, evitado por los militares que están en el cercano Hospital Militar (pág. 311); en San Lázaro destruyen la imagen de Nuestra Señora del Rocío y Jesús de los Pasos en el Calvario y desmontan la cruz de la entrada (pág. 311).

Al final se hace un cómputo general a modo de resumen, donde aparecen algunas cifras (págs. 312-313) que, por sí solas, resultan impresionantes: 18 templos, 1 periódico, la casa obispal, 23 conventos, asilos, colegios, casas cuna, 20 obras de Pedro de Mena, obras de Niño Guevara, Alonso Cano, Ortiz, Manrique, Francisco Palma.

El repaso de todos estos episodios de la jornada tercera de *Las vestiduras recamadas* nos demuestra que González Anaya se ha documentado objetivamente y refleja la realidad histórica con honradez. Lo cual no puede hacernos olvidar que se trata de un texto novelesco. Así, sobre todo en los personajes, la imaginación del novelista trastoca la sustancia histórica. En este sentido, puede aportarse algunos detalles curiosos. El «Negro» que aparece, en varias ocasiones, como uno de los líderes de los incendios, es identificado por Jiménez Guerrero, que ha tenido acceso a la documentación de las actuaciones judiciales, como Benjamín Ruiz Arredondo, que fue detenido en Vélez-Málaga, y al que las autoridades atribuyen una filiación comunista²². Las coincidencias y el parecido de nombres parecen indicar que González Anaya se documentó concienzudamente para la novela, aunque dejase un margen para la ficción. Una de las personas de las que se tienen declaraciones judiciales es Cayetano Bolívar, médico también conocido por «su filiación comunista»; bien podría ser el modelo del personaje del doctor Acíbar, uno de los instigadores de los incendios en la novela²³.

3. El elemento ideológico: una visión histórica pluralista y comprensiva

Hay un tercer aspecto —después del meramente literario y del histórico-documental— que debemos tener en cuenta: el ideológico. González Anaya no se limita a hacer un relato objetivo y honrado de estos hechos históricos; tampoco su obra se convierte en un alegato contra el anticlericalismo violento. Tiene una visión amplia, profunda y plural del fenómeno religioso y del anticlericalismo, que constituye precisamente una de las claves para comprender la crisis española del momento y, en general, de la coyuntura histórica que supone una encrucijada en la que un sistema secular, la Monarquía, parece agotado y surge en el horizonte, con incertidumbres y con ansias de cambio, el nuevo modelo republicano. Para dar forma a esta pluralidad González Anaya usa un recurso propio de la novela moderna: el desarrollo de una multiplicidad de perspectivas encarnada en distintos personajes. En la novela clásica los personajes se subordinan al punto de vista del autor-narrador. La novela moderna tiene como uno de sus rasgos propios esta multiplicidad de puntos de vista. La obra se constituye en un espacio donde se relacionan y enfrentan distintas perspectivas personales e ideológicas; un espacio donde se toman

²² J. Jiménez Guerrero, *op. cit.*, pág. 225.

²³ J. Jiménez Guerrero, *loc. cit.*, pág. 226.

distancias frente al antiguo mundo de la épica, establecido como un conjunto bien trabado y definido de valores y verdades. Faulkner, uno de los principales inspiradores de la narrativa contemporánea, escribe en su obra *Absalon, Absalon*: «Pero tomada en conjunto, la verdad es lo que ellos [los personajes] vieron, aunque nadie vio la verdad intacta». Con esta técnica, que en esta obra no llega al extremismo experimental de otros autores, el autor hace no sólo una exposición o una relación de acontecimientos históricos, que también la realiza y de forma rigurosa, sino una «interpretación» de los mismos. Se busca un sentido a los hechos históricos y se enfrentan dialécticamente distintas interpretaciones posibles, para sacar de ellas una visión amplia y abarcadora. Hugo Von Hofsmannsthal ha hablado del artista como «sismógrafo» que capta los movimientos profundos de la sociedad. El artista como ser con una sensibilidad especial, cuyas antenas son más finas que las del común de sus contemporáneos para captar las mudanzas culturales e históricas. Ese me parece justamente el mayor mérito de esta obra: el intentar hacer inteligible una situación histórica complicada y el hacerlo desde una perspectiva temporal brevísima, pues lo más sorprendente es que la obra se escriba de forma prácticamente coetánea al transcurrir de los hechos y que, sin embargo, tenga una madurez en sus puntos de vista y en sus enjuiciamientos que son más normales en la distancia cronológica.

Para concretar esta idea, vamos a analizar cuatro temas, con el fin de comprobar cómo son tratados en la obra, de una forma pluralista y nada parcial:

1. Estructura social e ideología

En la novela se refleja un espectro bastante amplio del mundo social del momento y de sus relaciones. Además, me interesa observar cómo se reflejan los distintos matices ideológicos y religiosos en relación con la situación de cada personaje en la estructura social. En la trama central (desde un punto de vista novelístico, al menos), los amores entre Álvaro y Custodia tienen como protagonistas principales a personajes de la burguesía alta o media. Frente a ellos, están los personajes que representan la clase popular trabajadora, como Repullo o Amanda (la amante de Álvaro). Los campos sociales están bien delimitados. Sin embargo, en los personajes del nivel social alto hay más una identificación de casta o mentalidad que propiamente económica. Los miembros de la familia Palomares son ricos; mientras que la familia Palma procede de un padre militar y está lejos de poseer un gran poder económico. Álvaro tiene que buscarse la vida de una forma modesta: trabajando en una tienda de radios, aunque va ascendiendo poco a poco y con esfuerzo en la escala laboral. A pesar de que trabaje manualmente, tiene una clara conciencia de no pertenecer a la clase obrera. Cuando comunica a su madre que va a trabajar en un negocio de radio, ésta se asombra: «¿De obrero, tú?». Y él le contesta: «Sí, no te alarmes;

hasta aprender prácticamente a manejar los aparatos y adquirir los conocimientos que son indispensables para el negocio» (págs. 16-17).

Sin embargo, hay unos valores básicos que están por encima de las diferencias económicas. Incluso hay matices diferenciales en el terreno ideológico y religioso (que en este momento van unidos de forma inevitable). Si bien en la clase popular se muestran partidarios, sin excepción, de la República, en el lado burgués hay diferentes opciones: desde los partidarios de la violencia revolucionaria hasta los conservadores reacios a cualquier cambio (las mujeres, en su mayoría), pasando por los liberales laicos, como Álvaro, o los conservadores con espíritu crítico (Joaquín).

2. Crisis política. Monarquía y República

La obra refleja el ambiente político de la época en sus aspectos principales y lo hace con veracidad. González Anaya fue un hombre interesado por la política (me parece que más en un sentido de promotor de iniciativas culturales y sociales que de partidismo); ocupó en dos ocasiones la Alcaldía de Málaga (1916-1917 y 1935-1936, siendo sustituido antes de las elecciones de febrero que llevaría al poder al Frente Popular) y perteneció, como su amigo y paisano Narciso Díaz Escovar, al Partido Liberal de Santiago Alba. Este político de la Restauración representaba un liberalismo burgués, moderado, en la línea de las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, partidario de un estado moderno, no confesional, pero lejos de un laicismo agresivo²⁴, con un indudable trasfondo ético. Están descritas con rasgos expresivos las jornadas del 12 y del 14 de abril (Jornada Tercera, cap. 1, *El triunfo de la República*). González Anaya describe la situación, sin quitar la parte de emoción e inquietud que provocaba en muchos. «El 12 de abril la contienda tuvo lugar con incidentes, pero con tan poca sangre que con media docena de esparadrapos se compusieron las chilostras» (pág. 209). La jornada del 14 es mostrada con emocionado dramatismo. Un grupo enarbola la bandera republicana en el balcón del

²⁴ En la apertura del curso de la Universidad de Valladolid (curso 1912-1913), Alba pronuncia estas palabras que bien pueden resumir su ideario: «Yo he de proclamar desde esta tribuna, que en mis planes no se esconde, tenebroso, ningún designio siniestro para los sentimientos religiosos del país; más bien yo vine al gobierno a gobernar en liberal y en el hombre a la moderna, limpio de sectarismo que me son odiosos y me repugnan hasta a mi sentido estético de la vida y de las costumbres públicas, pero ansioso, al propio tiempo, de cumplir mis deberes con aquella grande y esclarecida estirpe intelectual española que pugna hace tiempo porque, abandonando vacilaciones y timideces, entremos de una vez en el concierto general de la cultura y de la tolerancia europeas» (F. Martí Gilalbert, *Política religiosa de la Restauración [1875-1931]*, Ediciones Rialp, Madrid, 1991, pág. 125). En la novela hay una mención al político liberal, destacando precisamente sus ideas moderadas y legalistas, que serían las mismas de González Anaya: «Se elogia [el 14 de abril] la nota francamente republicana de Santiago Alba, en París, en la que pide al ejército que se abstenga de pronunciarse por el Rey, para dejar a la República orientar por cauces jurídicos el futuro de nuestra patria» (*Las vestiduras*, pág. 212).

Ayuntamiento (pág. 213) y alguien reparte, como reliquias, trozos de un cuadro de Alfonso XIII que estaba en el salón de plenos y ha sido hecho añicos (páginas 213-214). A pesar de la alegría y esperanza que se palpa en el ambiente, asoma ya, desde el primer momento, la inquietud por el radicalismo político. Álvaro y Joaquín contemplan a un dirigente con una bandera roja («una bandera sin más color que la sangre» [pág. 215]) que da vivas a la República, pero, «si los que mandan, los que dirigen la convierten, por egoísmo, en un gobierno de señores con caretas de demagogos y en un festín de burguesía, gritad conmigo, ciudadanos: ¡Muera la República!» (pág. 215). Alguien en el público responde: «¡Viva el soviét!» (pág. 215). Hay un sector para el que el nuevo régimen es un medio y no un fin en sí mismo; un medio para dar un paso más en la dirección de la utopía marxista. La burguesía ilustrada, de la que González Anaya es un buen exponente, se mueve en la contradicción de temer este movimiento, que la borraría del mapa social (no se olvide el dato de que al autor le sorprende la guerra de viaje, y no vuelve a la ciudad hasta que Málaga está en manos del ejército nacional) y la esperanza en un cambio modernizador que podía traer el nuevo régimen.

Esquemático aquí las posibles opciones ideológicas y cómo y en qué personajes se concretan en *Las vestiduras recamadas*. Como se comprobará, la novela supone en este sentido un panorama completo de la diversidad ideológica de la España de 1931.

a) Una parte de la sociedad española que está ilusionada con un cambio que abre, según ellos, expectativas de futuro y esperanza. Son los que apoyan el cambio republicano del 14 de abril. Aparece además el republicanismo abiertamente liberal, laico (aunque respetuoso con la religión), pero que quiere mantenerse en la legalidad: una «República de orden»²⁵. Esta ideología, que tendría en políticos como Manuel Azaña o Miguel Maura su modelo real, se manifiesta en Álvaro Palma, personaje librepensador, progresista, de vida un tanto libre antes de conocer y enamorarse de Custodia; pero que se ve fuertemente impactado por la violencia anticlerical y lucha por oponerse a ella. El autor lo define como «liberal fervoroso, sin demagogia y hasta la médula del alma positivista religioso [...] su laicismo no concibe la exaltación de las verdades por los métodos de la fuerza» (pág. 270). Acompañan a Álvaro personajes de la clase popular, como «Repullos», que también apoyan un cambio y, al tiempo, niegan la violencia como medio para lograrlo.

b) Está además la posición de aquellos que asocian el sistema republicano con la política de la izquierda y la extrema izquierda (comunistas y anarquista) y con la actitud de radical laicismo y agresivo anticlericalismo. Es curioso que haya una clara correlación entre los factores del género y la ideología y que en la posición más conservadora se sitúen algunas de las mujeres de la novela,

²⁵ «Deseche tales pesimismo. Esta República es de orden. Por un poco de Marsellesa y de ebullición ciudadana no hay que temer» (*Las vestiduras*, pág. 216), dice un optimista personaje.

Custodia, Victoria, Sor Felicidad. Ellas representan el miedo de una parte de la sociedad española que se ve amenazada y atacada en sus convicciones y valores. Es un lugar común sobre el tema afirmar que en la población femenina tienen un mayor arraigo las ideas conservadoras y católicas. Juan Gil-Albert, agudo como siempre aunque nada imparcial, escribe:

De la duquesa a la fregona o de la mujer de la corte a la de la aldea [...] todas responden como formación al mismo oscurantismo profundo. Este catolicismo español es cosa de mujeres, está sustentado sobre ellas, ha tomado su hechura. Los curas españoles encuentran en esta docilidad cómplice la tierra abonada, su tierra de promisión²⁶.

c) Hay una tercera posibilidad que me parece más matizada e interesante (quizá aquí el autor refleja sus propias ideas), encarnada en el personaje de Joaquín Palomares. Es un personaje que, por su posición social, por tradición familiar y por sus costumbres, se encuadra en un conservadurismo (más o menos liberal), en la lealtad a la Monarquía y, por supuesto, en su adhesión al catolicismo. No obstante, su espíritu crítico le lleva a comprender hasta qué punto el sistema está agotado y es consciente de la corrupción e inoperancia de la mayor parte de su clase dirigente. Critica al caciquismo y a la corrupción, que son unos de los grandes lastres que arrastra el sistema canovista. Para él la lucha de los partidos en las elecciones «es una ficción que rebaja a los que dirigen y votan, y a los electos con sufragios sin libertad y sin pureza, porque no hay principios, ni ideales, ni ciudadanos verdaderos» (pág. 115). El personaje representa una clase dirigente política y empresarial con sensibilidad social y dispuesta a evolucionar. Su ideología, pues, está definida por una dialéctica de contrarios. Por un lado, su mentalidad de hombre ilustrado le lleva a desear el cambio de un sistema que considera agotado y que, además se ha desacreditado admitiendo una dictadura²⁷; por otro, desconfía de un República que, con el modelo de la Rusia comunista como referente, derive en la ruptura del orden social:

La acechan [a la República] millones de seres que pugnarían por trabolcarla, por convertirla en un estado de campesinos y de obreros, donde fracasen, como en Rusia, la vida actual capitalista y el sentimiento puro de la democracia (pág. 116).

d) Por último reseñamos aquellos personajes que representan la aceptación de la violencia como instrumento político al servicio de unas ideas

²⁶ J. Gil-Albert, *Drama patrio*, Tusquest Editor, Barcelona, 1977, pág. 72. La obra se escribió en 1964, en el exilio, aunque no se pudo publicar en España hasta la fecha indicada.

²⁷ «Iré a votar lo que me plazca, ya que después de siete años de bochornosa dictadura, otra vez me conceden ese derecho de primordial ciudadanía» (*Las vestiduras*, pág. 116).

de rupturismo social y de extremo anticlericalismo. Aquí hay que distinguir los ejecutores de los desmanes de mayo, que aparecen un poco desdibujados como personajes, entre los que destaca el famoso Negro, y un curioso grupo de personajes un tanto misteriosos: Lorenzo Tudela, el reaparecido marido de Custodia, y sus amigos, con los que celebra extraños conciliábulos. Este grupo, dibujado con rasgos un tanto caricaturescos, unos «compinches estrafalarios» (pág. 242), es digno de reseña porque representa bien la diversidad política de personas que tienen en común su anticlericalismo. Son: el doctor Alcívar, que es «un *leader* del comunismo, que en la ciudad carece de partidarios para una acción con eficacia»²⁸; Liborio Galbeño, que es presentado como el típico político camaleón que medra en todos los cambios²⁹; y Ángel de la Paz, el más joven. Nótese, un rasgo muy galdosiano, lo intencionado y caricaturesco de los nombres. Se trata de personas de extracción burguesa, de formación cultural por encima de la media, pero de ideas radicales y violentas. Se da a entender que son ellos los que organizan los desmanes descritos y son las masas populares las ejecutoras. No se habla directamente de masonería, pero el secretismo y el misterio con que actúan parece dar algún indicio en este sentido.

Así pues, prácticamente todo el espectro político de la época en sus diversos matices está reflejado en la novela. Dejando a un lado las ideologías extremas, es de gran interés del diálogo que se establece entre las distintas posturas de personajes dispares, que matizan y desarrollan un interesante debate que estaba vivo en la sociedad española de ese tiempo.

3. El tema religioso y el anticlericalismo

En estos años el tema religioso va unido de forma inevitable al político. Dicho con cierto esquematismo, se identifican conservadurismo-Monarquía-religión y, por otro lado, progresismo-República-laicismo. Este esquema básico, esta división entre bloques ideológicos, permite, por supuesto, matizaciones y variaciones; y así lo refleja González Anaya en los personajes de su novela.

Igual que se ha hecho en el tema político, en el terreno religioso distinguimos varios grupos:

a) Los defensores acérrimos de una religión tradicional, temerosos del cambio político-religioso del que nada bueno esperan. Son partidarios de que el catolicismo siga teniendo, como hasta el momento, una fuerte proyección cultural y política sobre la sociedad española. Por descontado, rechazan el

²⁸ *Loc. cit.*, pág. 243. En efecto, aunque se habla y se habló durante mucho tiempo después del « peligro comunista » como la gran amenaza, era una ideología minoritaria en España.

²⁹ « Es un raspa, que dicen los castizos de la Cruz Verde. Fue concejal con el canónigo y después tuvo empleos de pobre enjundia, con Bergamín. Más tarde, se hizo republicano, y estradista, y de Armiñán. Con los prohombres de la Dictadura, patriótico. Y ahora, no sé » (*loc. cit.*, pág. 243).

régimen republicano, que consideran enemigo de la Iglesia. Catolicismo se identifica con Monarquía y ambos rasgos son los que definen esencialmente el ser español y su historia. Es lo que Luis Cano llama «el modelo cato-patriótico-monárquico», encarnado claramente en el cardenal Pedro Segura que, como muchos católicos, ante el nuevo régimen sentía una gran desconfianza y «estaba alarmado y presagiaba lo peor»³⁰.

b) La posición matizada de Joaquín Palomares, también en el terreno religioso como en el político: defensor de la religión pero partidario de una situación razonable de libertad en la que creyentes y no creyentes puedan convivir. Y, por otro lado, algo crítico con aspectos que el considera mejorables en el catolicismo español.

c) El laicismo democrático y respetuoso. Esta postura está representada en Álvaro Palma, que no es creyente, sino librepensador, pero no admite la violencia contra la religión y es un hombre abierto al diálogo con aquellos que no piensan como él. Sería el modelo de liberal ilustrado y humanista, que propugna un estado laico y que, por motivos éticos, es enemigo de la violencia y partidario del respeto a la legalidad.

d) Otro grupo lo forman los enemigos de la religión, los incendiarios, los violentos, el grupo de Lorenzo Tudela, del que se ha hablado. En este apartado, hay que hacer la misma distinción del apartado anterior: las masas populares que ejecutan y una minoría de carácter más burgués que planifica y organiza. Parece quedar claro en la novela que, lejos de la espontaneidad o la improvisación, hay un grupo que organiza y dirige este movimiento; y este grupo tiene muy claros los objetivos y consecuencias de sus actos. Sin que se pueda dudar del claro rechazo de la violencia anticlerical que se transmite en toda la obra, hay entre los personajes un intento de comprender las raíces de este fenómeno, de explicárselo de alguna manera. Álvaro Palma reconoce que, a pesar de que «la plebe tiene instintos feroces» [...], «en el fondo de la turba nace un anhelo de justicia que puede y debe hallar sus normas en leyes y decretos, no de este modo bárbaro y cruel» (pág. 313). Hay, pues, como un instinto que se rebela contra cierta injusticia. Y esta no es la religión en sí misma, ni la práctica religiosa de miles de personas, sino la identificación de lo religioso con lo político. Era la ideología identificada con la imagen del Corazón de Jesús y su famoso lema: «Reinaré en España». Ese fenómeno es el que rechazan muchos españoles (representado en la novela por el personaje de Palma).

³⁰ L. Cano, «Reinaré en España». *La mentalidad católica a la llegada de la Segunda República*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2009, págs. 276-277. No obstante, después que la Santa Sede acepta el nuevo régimen, también el cardenal de Sevilla lo hace: «La Iglesia no tiene predilección hacia una forma particular de Gobierno», reconoce el cardenal en un documento posterior (*loc. cit.*, pág. 304), haciéndose eco de las directrices oficiales de Roma, que en España van a estar representadas por hombres como Ángel Herrera o el líder de la CEDA, José M^o Gil Robles. Se trataba de la famosa «accidentalidad de las formas de gobierno», que sería la consigna oficial de la Iglesia, pero con la que estaba en desacuerdo una parte importante del sector social conservador y católico.

¡Y esto es lo irritante y lo horrible! Que mientras el otro, el divino, aseveraba a sus oyentes: *Mi reinado no es de este mundo*; a éste le cuelgan un letrero para que reine entre nosotros, y se inmiscuya en todas partes y en todas mande como César (pág. 314).

De esta forma el anticlericalismo puede considerarse una reacción al clericalismo.

El clericalismo —ha escrito alguien tan poco sospechoso de heterodoxia como Étienne Gilson— no es la religión ni la Iglesia; y menos aún el dogma católico; es, al contrario, una de las peores corrupciones que los amenazan: la utilización del orden espiritual con vistas a fines temporales, la explotación del orden temporal bajo la capa de la religión³¹.

La religión se convierte, así, como dice Unamuno, en «garantía y estribo de seguridad para el orden civil, social, político y jurídico»³².

4. Religiosidad popular

Dentro del tema religioso, el de la religiosidad popular y sus dimensiones sociales y culturales, es tratado prolijamente en la novela y yo diría que es uno de sus temas más importantes, por eso merece un apartado propio. En este campo, como en otros, a partir de las diversas y contrastadas opiniones de los personajes se crea una dialéctica que profundiza en el problema. Hay, desde el lado conservador, una posición paternalista que considera las manifestaciones de la religiosidad popular un medio necesario para arraigar las ideas religiosas en el pueblo, que entiende más lo estético, lo icónico, que lo conceptual. «El pueblo —dice Custodia— necesita de la tramoya, de la ostentación, para sentirse fervoroso. La fe penetra en su alma por los sentidos. Si no se admira o se deslumbra ante lo legendario o ante la pompa de las vestimentas litúrgicas, no creará» (pág. 189). En cambio, las élites, que no necesitan de estos medios, deben aceptarlos con un sentido paternalista: «Las almas selectas [...] no han menester de lo adjetivo; pero conocen el imperio de estos recursos teatrales y los aceptan sin escrúpulos por la virtud de su eficacia» (págs. 189-190). En el otro extremo, Álvaro representa la preferencia por una religiosidad más sencilla, despojada de olopeles y lujos: «La religión no necesita de vestiduras recamadas [...] el cristianismo es sacrificio, renunciación de vanidades, sencillez. La pureza de los cristianos está en los hogares humildes; no en la catedral puntosa» (página 195). En medio (y frente a) estas dos posiciones, la postura más matizada y amplía de Joaquín (que me parece, en este tema como en otros, el personaje que mejor se asemeja a las ideas del autor). Frente a una visión que parte de

³¹ En *Por un orden católico* (1935). Lo cita J. Bergamín en *El pensamiento perdido. Páginas de la guerra y del destierro*, Diario Público, Madrid, 2010, pág. 22.

³² Citado en la misma obra de Bergamín (*loc. cit.*, pág. 15).

un esquema apriorístico, propio de la izquierda, Joaquín representa el pragmatismo del pensamiento conservador, que parte de la realidad social como de algo orgánico, que tiene su propia dinámica que sólo puede ser comprendida en una perspectiva histórica.

Tienes razón —le dice Joaquín a Álvaro—, la razón pura de los principios esenciales, pero volver a las andadas es regresar a lo ya insólito [...]. Vivimos hoy mucho mejor que en tales tiempos de heroicidades y pobreza en que los hombres adoraban Cristo en un símbolo tosco de una cruz hecha de dos palos. Entonces, la plebe moría de hambre y de infección, como bestias [...] o vegetaba inculta. Es mejor, aunque tú pienses que no hay demasiadas escuelas, ni sanatorios, ni hospitales (pág. 195)³³.

Este personaje, en su amplia visión, llega a considerar, con un criterio que parece bastante moderno, los usos sociales como convenciones que necesitan de un medio simbólico para expresarse:

De las casullas y capas pluviales de los episcopos y los armiños de los príncipes a las dalmáticas que penden de los hombros de los heraldos, cuanto es externo nos deslumbra con su esplendor y sus colores [...] para ocultar odios, envidias, apetitos inconfesables [...] ¿Qué son las frases de amor...? Dulces mentiras. ¿Y la retórica del mitin de la tribuna...? Ficción de amor o de justicia, o vestiduras recamadas que cubren de oro y terciopelo el armazón y palitroque con se sostienen los ídolos (pág. 196).

No es ajena a esta idea el tópico barroco del «engaño del mundo» que tanto repitieron los autores del Siglo de Oro. Otro aspecto de interés sobre este tema, que aparece en el libro, es el económico. Álvaro recuerda el gran nivel de analfabetismo que hay en la Málaga de época, mientras que Joaquín le arguye con una idea que se asemeja bastante al concepto de la «mano invisible» de Adam Smith (la conjunción de los intereses particulares actuando espontáneamente en la sociedad —en el mercado— conduce al interés general):

Este lujo que te subleva es dinero que corre por toda Málaga. Bajo los tronos, que parecen barcos magníficos de luces, van centenares de hombres que no arriman el hombro por penitencia, sino por unos duros que se convierten en pan, en ropa, en holguras. Con la atracción de lo sensual [...] la ciudad se llena de gente que se desplaza de sus pueblos y abarrota los hospedajes y hace prosperar los negocios (pág. 196).

³³ Comenta el personaje un dato que antes ha dado Álvaro: mientras se gastas 25.000 duros en el manto de La Esperanza, en Málaga (capital) hay 60.000 analfabetos (*Las vestiduras*, pág. 194).

No olvidemos el carácter «popular» de este fenómeno, también desde el punto de vista sociológico. Aparecen personajes de las clases trabajadoras que se identifican con las cofradías, aunque políticamente sean partidarios del cambio³⁴. Hay pues, una consideración plural y matizada del fenómeno, lejos de los extremismos o las simplificaciones.

4. La literatura como fuente documental para la historia social y de las ideas

Después de lo visto, está clara la relación entre lo literario y lo histórico y social. «Sólo un crítico obsesionado con la pura forma puede ignorar la evidente correlación entre narrativa moderna y panorama social»³⁵. *Las vestiduras recamadas* es un intento de explicar, de interpretar un momento y un «mundo» social determinado. Ningún género mejor que la novela capta eso que llamamos «mundo» propio, estructuralmente cerrado, porque justamente ésa es la especificidad del género: las relaciones humanas, los valores, las costumbres, los problemas sociales y políticos; las luchas que se plantean entre grupos y clases; en una palabra (la expresión es de Ortega), qué significa el verbo *vivir* en un determinado momento para los hombres³⁶. Si vamos más allá de una historia puramente factual, que se limita a recoger y relatar los hechos del pasado y consideramos, precisamente, estos hechos como una base, como una etapa previa para la interpretación anterior, entonces la novela es una de las fuentes más ricas a las que se pueden acudir para construir la teoría histórica.

Así, *Las vestiduras recamadas*, que desde un punto de vista literario, para un lector actual, se presenta como una obra de amena lectura, aunque un tanto hinchada en su trama y algo pretenciosa en cuanto al estilo, es sin embargo una de las obras, narrativas o no, que nos dan una visión más equilibrada, plural y limpia de prejuicios de la crisis española de los años 30, que incuba la gran tragedia de la guerra civil.

³⁴ Del castizo ayudante de Álvaro, se dice «aunque cofrade y caporal de *La Esperanza*, el orondo Repullo no es monárquico, sino de la acera de enfrente» (*loc. cit.*, pág. 209).

³⁵ D. Villanueva, *Estructura y tiempo reducido en la novela*, Antrhopos, Barcelona, 1994, pág. 17.

³⁶ Javier Zubiri distingue entre «medio» (propio del animal) y «mundo» (que es lo propio del hombre). «Las cosas con las que tiene que habérselas el animal están específicamente prefijadas; y el conjunto de estas cosas así específicamente prefijados es lo que constituye el *medio*. El hombre, en cambio, se mueve entre cosas que ciertamente tienen un contenido determinado en cada caso. Pero la habitud radical del hombre es inteligencia; por tanto, las cosas no quedan específicamente prefijadas, sino que basta con que sean reales. El conjunto de las cosas reales en tanto que reales es lo que llamo *mundo*» («El hombre, realidad personal», *Revista de Occidente*, 1, 1963, pág. 20).

